

Málaga como escenario histórico

De todas las ciencias, ha escrito Huizinga, «la historia es la que más se acerca a la vida; sus preguntas y sus respuestas son la vida misma para el individuo y para la sociedad; sus normas son variables; dudosa su certidumbre. Ciencia eminentemente inexacta, nunca son definitivos sus resultados. Un concepto físico es, en principio, lo mismo en la cabeza de un gran físico que en la de un estudiante, con tal de que lo haya comprendido. Una representación histórica, por el contrario, varía según la mente que la lleva».

Enfrascados en el estudio de las ciencias exactas y de sus deducciones lógicas, o que a nosotros nos lo parecen, no solemos acordarnos de que muchas de ellas nacieron de hipótesis indemostrables, construcciones provisionales, andamiajes por tanto, a veces sin la solidez suficiente para lo que temporalmente deben sustentar. Esa conciencia del relativo paralelismo con la verdad de los estudios históricos, de su imposible coincidencia con ella, es causa de que me presente hoy ante vosotros, asistentes al XXI Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, con timidez y no escaso susto. No he sabido negarme al amable requerimiento de sus organizadores, pero las glosas históricas y las evocaciones del pasado de las que voy a ocuparme son, en gran parte, hipótesis, interpretaciones de hechos no muy seguros, sugerencias a base de escasos datos, por lo que tienen un carácter poco científico, en disonancia con el de vuestra Asociación.

Aumenta aún más mi intranquilidad en estos momentos el no ser yo un estudioso de la Historia a base de la investigación en archivos y del análisis de viejos documentos. Una inclinación natural nos lleva a dar más autoridad a una referencia escrita cuanto más vieja sea, aunque la experiencia demuestra repetidamente que ni los siglos son suficientes para garantizar un testimonio, ni aún la presencia física del testigo en el hecho que refiere garantiza la certeza de su relato.

Los estudios históricos, a los que dedico gran parte de mi actividad, giran en torno de los restos materiales del pasado; antes, en los años de trabajo más fecundo de mi vida, estuve consagrado al cuidado y conservación de varios monumentos, procurando mantenerlos en el estado más próximo al de su época de juventud. Hoy, alejado de esa labor de medicina arquitectónica, he de contentarme con su análisis, intentando acumular materiales —bien modestos los que yo puedo aportar— para la reconstitución de un pasado lejano.

Al margen del Congreso y de tantas comunicaciones eruditas, voy a hablar de lo que fue esta tierra en otros tiempos, singularmente la ciudad de Málaga, escogida para vuestra vigésima primera reunión.

Hay gentes que sienten poca atracción y hasta desprecio por la Historia, en la creencia de que los problemas contemporáneos, cada día que pasa más agudos y apremiantes, merecen exclusivamente atención. Pero tan sólo la Historia puede explicar gran parte del presente; la vida actual, con toda su angustiosa complejidad, es función de la de ayer y condiciona la de mañana.

Antes de continuar, cúpleme pedir perdón por estas palabras iniciales, que intentan explicar mi presencia aquí, y por las siguientes, tan desprovistas de certeza científica.

LA HISTORIA DE LAS CIUDADES

Durante muchos años los estudios históricos estuvieron divididos en compartimientos estancos, separadas e independientes la historia política, la artística, la económica, la social, etc. Hoy, con más acertado criterio, comprendiendo que todas esas facetas no deben de considerarse aisladamente, se tiende a la integración de sus múltiples aspectos en la historia humana. Su enorme complejidad tan sólo puede ser abarcada por mentes excepcionales, capaces de convertir, como ha dicho con frase exacta, don Ramón Menéndez Pidal, «el caótico montón de materiales que la vida ofrece, en un edificio de líneas sobrias y magníficas».

Hay, además, otro aspecto que modificará la estructura de los estudios históricos tal como se concebían hasta hace unos años. El acontecer humano tiene lugar en un cuadro, en un escenario del que se ha prescindido casi siempre. «La vida de todo pueblo —ha dicho un escritor contemporáneo— está circunscrita en el tiempo y en el espacio, es decir, en la historia y en el paisaje.» Acostúmbrase evocar los hechos históricos con absoluta independencia de los lugares en que se realizaron, pescindiendo de su ambiente y de sus paisajes geográfico y monumental, es decir, de su escenario. La inmensa mayoría de los historiadores trabajan en el silencio de archivos y bibliotecas, inclinados sobre viejas crónicas y documentos, sin dirigir una mirada al lugar en el que se realizó el acontecer humano estudiado, ni a las huellas materiales que a veces de él subsisten. Una de las muchas excelencias de los estudios publicados sobre el Cid por el gran maestro antes citado es la de presentar la vida del caudillo castellano destacada sobre un paisaje netamente acusado y recorriendo unos caminos que el autor siguió fervorosamente paso a paso tras él.

Si se quiere hacer de la Historia algo vivo, reconstruirla con su misma emoción humana, el escenario adquiere una importancia extraordinaria. La civilización, gran producto histórico, se ha desarrollado fundamentalmente en las ciudades; es, sobre todo, fruto urbano. Fueron las urbes los grandes teatros, no sólo de la crónica política y de los hechos espectaculares, sino

también de esa otra historia tejida a través de los siglos por la labor lenta, afanosa y callada de millares y millares de seres sin nombre.

Ello explica el interés, cada día mayor, que existe por la evocación de las agrupaciones urbanas de otras épocas y por el estudio de su proceso evolutivo. En el curso de la transformación de las ciudades al correr de los siglos, han ido quedando en ellas algunos testimonios de su vida pretérita, edificios o restos de construcciones, murallas, disposiciones urbanas cuyo análisis nos ayudará a reconstruir el proceso de su evolución. Los hechos espectaculares de la llamada historia política pasan y se pierden muchas veces sin consecuencias, mientras subsisten otros humildes y cotidianos que van estratificándose en profundas capas e influyen en las modalidades espirituales y en las costumbres de las gentes.

La reconstrucción del escenario histórico español en toda su complejidad se impone cada vez con mayor apremio. Ignorando cómo eran nuestras urbes, no lograremos un conocimiento íntimo y cabal de la vida española, de la de hoy y de la del pasado, ya que ésta ayuda a comprender el presente. Fiel a esta concepción de la Historia, intentaré reconstruir rápidamente, en líneas generales, varios momentos del pasado de Málaga, situándolos en el escenario en que tuvieron lugar, sin olvidar los actores que en ellos intervinieron.

CIUDADES DE ORIENTE Y DE OCCIDENTE

El hecho capital que presta a la civilización española de la edad media su máxima originalidad y la diferencia radicalmente de la de las restantes naciones europeas, es decir, la convivencia en nuestro suelo de gentes de distintas cultura y religión, de hispanocristianos e hispanomusulmanes, se reflejó en sus disposiciones urbanas. No hay que olvidar la existencia de comunidades hebreas, ricas, numerosas e influyentes en algunas épocas, lo mismo en territorio musulmán que en el cristiano, que aumenta la complejidad de la vida social peninsular. Además de la diferencia de cultura y religión, los israelitas, merced al predominio de las uniones entre miembros de sus aljamas, la tenían también de raza; inútil es insistir en que, en cambio, los españoles eran los cristianos de la mitad septentrional de la Península como los andaluces islamitas; la España de hoy reivindica a justo título, sin discusión posible, entre las más brillantes glorias de su pasado, lo mismo la España del siglo xv de los Reyes Católicos, que la de las Cortes cordobesas de Abd-el-Rahman III y Al-Hakam II del siglo x. El número de gentes llegadas a la Península de África, de Oriente y de países europeos y que en ella se establecieron permanentemente, hubo de ser escaso en relación con los indígenas, quedando fundidos en el complejo étnico peninsular.

A la dualidad aludida de cultura y religión corresponde la de estructura urbana. Las ciudades cristianas, de desarrollo más tardío que las hispanoislámicas, se formaron desde fines del siglo xi al xiii, como Salamanca, Ávila, Se-

govia, Burgos, Pamplona y Soria, por la agregación de pequeñas aldeas en torno a humildes parroquias muy próximas. En el transcurso de esos dos últimos siglos, dichas aldeas fueron creciendo concéntricamente alrededor del templo, hasta reunirse algunas en núcleos de población sin soluciones de continuidad. Entonces se las rodeó por una muralla común, dentro de la cual quedaron no pocos espacios libres en los que, en caso de alarma, podía encerrarse el ganado de la región, principal riqueza de casi todas ellas.

Más viejas las ciudades hispanomusulmanas, pues en al-Andalus se inició en Occidente el resurgimiento urbano medieval, tras el eclipse que sufrió a la caída del imperio romano, su economía era, a la vez que agrícola, comercial e industrial, sobre todo la de las ciudades de las regiones marítimas o situadas al borde de ríos navegables.

¿Cómo eran los escenarios de esa brillante civilización, Córdoba, primera ciudad de Occidente, rival de Bagdad en el siglo x; Toledo, Valencia, Zaragoza, Málaga, Mallorca, el emporio marítimo de Almería; la deliciosa y brillante Sevilla, corte de los abades en el siglo xi; Granada, capital de los nazaríes en el siglo xiv? ¿Y tantas otras de menor importancia, como Jaén, Ronda, Guadix, Niebla, Alhama, Guadalajara, Badajoz, Algeciras, Murcia, Gibraltar, Talavera? Quisiéramos conocer su aspecto urbano, recorrer con la imaginación sus calles; mezclarnos al barullo y animación de sus zocos, alcaicerías y alhóndigas; asistir a las ceremonias religiosas en sus mezquitas; penetrar bajo las bóvedas de sus baños, en los salones de sus palacios y en las viviendas humildes de artesanos y menestrales.

La documentación que poseemos para intentar reconstruir esas ciudades no es grande, pero auxiliados por ella y los escasos restos conservados y, sobre todo, recordando el aspecto y el ambiente de algunas ciudades marroquíes como Tetuán, reflejo de las andaluzas medievales en las que el tiempo parece haberse detenido maravillosamente en el siglo xv, es posible evocar su pasado urbano.

Tradiciones y supervivencias islámicas quedan no pocas en las ciudades andaluzas. La catedral y la mayoría de sus iglesias deben su emplazamiento a que en el mismo solar estuvieron antes la mezquita mayor y otras secundarias; gran parte de las calles actuales conservan su trazado medieval, y las rondas y paseos que circundan la población siguen las mismas líneas de su antigua cerca. Y si de las huellas materiales pasamos a las más sutiles conservadas en la vida y en el espíritu de sus habitantes, comprobaremos también que el pasado informa y está presente en no pocos momentos de la vida actual. Aún hoy, como hace siete siglos, constituye la suprema belleza para los andaluces, ha dicho García Gómez, el contraste entre la cadera pingüe y el talle frágil. De algunos meridionales se podría repetir actualmente lo que de los sevillanos escribió al-Saqundi en el siglo xiii: «Son las gentes más ligeras de cascos, más espontáneas para el chiste y más dadas a la burla, y de tal suerté están habituadas a estos y lo tienen por hábito, que entre ellas es considerado odioso y cargante el que no se dedica a tales cosas y no da y acepta esta clase de bromas». Si el sereno, con su farol y su chuzo, pa-

sea aún las calles vigilando nuestro sueño, débese a que en la época islámica había también un guarda nocturno encargado de velar por la seguridad de los vecinos.

MÁLAGA, CIUDAD DE MERCADERES

Es la costa malagueña uno de los lugares de la Península más generosamente favorecidos por la naturaleza. Las sierras que la limitan a norte, dificultando su comunicación con las tierras del interior, están lo suficiente alejadas del mar para que en la última parte del curso de los pequeños ríos nacidos en esas montañas se formen fértiles vegas. El clima es suave, el sol brilla casi constantemente durante el día, y donde hay agua que permita el riego, las tierras de aluvión, depositadas por ríos y arroyos en su labor multimilenarias, son de extraordinaria fecundidad. Para darse exacta cuenta de lo que esta región marítima malagueña debe a la Providencia nada mejor que hacer el recorrido de la zona costera desde Almería a Cádiz. En la primera provincia, y en parte de la de Granada, la Contraviesa, que separa del mar el valle de las Alpujarras y otras montañas que la prolongan hacia occidente, llegan hasta el mismo borde mediterráneo; tan sólo barrancadas de pendiente rapidísima, desprovistas de vegetación, sirven de cauce a las aguas torrenciales de cumbres y laderas: faltan vegas con tierras de cultivo que faciliten la vida humana. Siguiendo la costa tras el Peñón de Gibraltar, en casi todo el borde atlántico, desde Tarifa hasta Cádiz, las sierras se alejan del mar y una llanura costera de pobre vegetación, sin cursos de agua, ofrece escasas posibilidades de cultivo intensivo y, por tanto, de desarrollo de núcleos urbanos de importancia.

La costa malagueña se abría hacia el sur, cara al Mediterráneo, por ensenadas de fácil acceso para las pequeñas embarcaciones de la antigüedad y la Edad Media. En cambio, ciérrala hacia norte un intrincado sistema orográfico de sierras y barrancos, barrera que parece dispuesta para aislar estas tierras marítimas de la Andalucía terrícola y del resto de la Península. Para penetrar en el interior de ésta hay que ascender rápidamente hasta centenares de metros de altura a través de montañas desnudas, separadas por hondos tajos. La expansión fácil y natural de los habitantes de la zona costera era el mar. El solar determinó el destino de sus habitantes a través de muchos siglos y de centenares de generaciones. Los caminos marítimos fueron las grandes vías comerciales del pasado: Málaga y su región serán en el transcurso de la historia cuna de mercaderes.

El comercio marítimo implica frecuentes viajes, relación con extranjeros, trato con gentes muy diversas; frente a las ciudades terrícolas del interior, rodeadas por ásperas sierras, encerradas dentro de sí mismas, en las que toda tradición tiende a perpetuarse, Málaga, abierta a los infinitos caminos del mar, en frecuente comunicación con ciudades también costeras de tierras lejanas, visitada y habitada por extranjeros atraídos por el lucro comer-

cial, debió de representar desde tiempos remotos un espíritu más libre e innovador, más sensible a influencias exóticas.

La afición al cambio, a la mudanza que ese espíritu lleva consigo y la riqueza producida por el tráfico produjeron la renovación frecuente de la ciudad; en contraste con otras andaluzas que conservan en su recinto urbano recuerdos y huellas importantes del pasado, Málaga semejaba hasta hace pocos años una ciudad moderna de la que se hubiesen borrado casi todos los testimonios históricos.

Algunos permanecieron ocultos y olvidados y ha sido labor recientísima la de descubrirlos y sacarlos a luz. Hoy la ciudad comercial muestra con orgullo restos importantes de su historia, y sus milenarios blasones mercantiles se ennoblecen con los vestigios artísticos que la riqueza creó en otros tiempos en su solar.

LOS PRIMEROS RECUERDOS HISTÓRICOS

Desde tiempos remotos llegaron a estas costas malagueñas los productos de la industria del Mediterráneo oriental. Estableciéronse primero los fenicios, los cartagineses más tarde, en las ensenadas costeras, en posiciones de fácil defensa contra ataques de los indígenas del interior. Escasas referencias subsisten tanto en los textos como en el acervo arqueológico de tiempos tan remotos. Ocioso sería el recogerlos; baste anotar el comienzo de la influencia oriental que durante siglos, hasta la edad moderna, contribuyó en gran parte a moldear con características de gran originalidad la civilización hispánica. Desde entonces, el Oriente mediterráneo y las costas españolas quedaron unidas por una corriente ininterrumpida. El tráfico comercial, como de costumbre, llevó tras de sí influencias culturales y artísticas.

Para algunos historiadores, Málaga fue fundada por focenses hacia el año 600 a. de J.C.; otros la suponen fundación directa fenicia en fecha ignorada. Tenía «planta fenicia», según Estrabón. Unos kilómetros al este de Málaga, cerca de Torre del Mar, en la desembocadura del Vélez, estuvo, supone Schulten, la ciudad de Maináke o Ménaca fundación griega en el tiempo de las navegaciones fóceas, mencionada en el Periplo —probablemente del siglo vi a. de J.C.— contenido en el Poema de Avieno «Ora Marítima». Debió de desaparecer después de la batalla naval de Alalia (533 a. de J.C.), destruida tal vez por los primeros. En tiempo de Hecateo ya no existiría, pues este autor cita tan sólo la ciudad indígena de Menóbara, que parece haberla sucedido.

Muy escasos y de poca importancia son los vestigios fenicios aparecidos en Málaga.

LA CIUDAD ROMANA

Si buscamos en el índice de lugares de cualquier libro de historia de la España romana la palabra «Malaca», veremos que figura en sus páginas muy escasas veces. No fue teatro, que sepamos, de ningún acontecimiento destacado de los que suele mencionar la historia política; tampoco se la nombra entre las urbes más importantes del período de intensa romanización de la Península, durante el cual la vida malagueña transcurriría en calma, absorbida por actividades comerciales e industriales, cuya importancia civilizadora fue grande, pero que no suelen dejar huellas escritas y callan los historiadores de los tiempos antiguos y aún de los medievales.

Para juzgar la importancia de la Malaca romana hay que acudir a la arqueología. Varias lápidas, estatuas mutiladas, algunos relieves extraídos del subsuelo, restos del naufragio de la ciudad romana, apenas sugerían su importancia, pero ya nos hablaban elocuentemente de grandezas imperiales el tamaño de los capiteles corintios y de los fustes acanalados aprovechados en las puertas árabes de la Alcazaba; dos grandes basas de rica decoración como creo no existen otras en España, y una enorme clave esculpida, con una figura de victoria alada, existente en el museo de San Telmo. Para encontrar claves semejantes habría que acudir a las que cierran los monumentales arcos conmemorativos del viejo foro romano, los de Tito, Septimio Severo y Constantino.

En fecha recientísima, a estos testimonios ha venido a agregarse otro aún más destacado: los restos del teatro, para cuya gradería se aprovechó, como para todos los romanos españoles, la ladera de una colina, en Málaga la occidental de la Alcazaba, con economía notable respecto a los levantados en las otras regiones del vasto imperio.

Lo primero encontrado fortuitamente, en junio último, al comenzar la excavación para disponer un jardín público, fue la «parados» o pasadizo meridional, que desemboca en uno de los lados de la «orchestra». Después ha aparecido parte de la gradería de la «cavea», donde se sentaban los espectadores.

Epígrafes malagueños conservan el recuerdo de la donación de un depósito de agua, hecho a expensas de Lucio Gramio Silo, y de la construcción de un gimnasio. Otras inscripciones aluden a monumentos elevados en honor de Septimio Severo y de su hijo Caracalla.

Al desarrollo industrial de la Málaga romana se refiere Estrabón, que escribió en el reinado de Augusto se hacían en esa ciudad grandes salazones de pescado; un epígrafe sepulcral hallado en Roma, cerca del campo de Flora, de un negociante en pescados salados, quinquenal del gremio de los malacitanos, nos informa de hacia dónde se dirigía una parte, quizá la más considerable, de la industria pesquera malagueña. Como recuerdo arqueológico de ella, por todos los lugares donde se ha perforado el suelo actual, lo mismo en las pendientes del cerro de la Alcazaba que en la parte llana de la ciudad, al abrir los cimientos para la catedral y al construir la Aduana, han

aparecido abundantes alberquillas en las que se preparaban los salazones, muy numerosas también en las ruinas romanas de toda esta costa.

Otro epígrafe sepulcral hallado también en Roma es de un fundidor y grabador de Málaga. Pero no era solamente con la «Urbs» por antonomasia con la que Málaga sostenía en los primeros siglos de nuestra era relaciones mercantiles. La comunicación con las tierras más lejanas del Oriente mediterráneo no se había interrumpido. Hubo en Málaga una corporación de sirios, noticia conservada en un epígrafe en griego, labrado en un fuste, hallado en la ciudad y conocido de antiguo. Es dedicado a un tal Claudio, patrono de esa Corporación.

LOS TIEMPOS OSCUROS DEL IMPERIO ROMANO A LA OCUPACIÓN ISLÁMICA

Poco es lo que sabemos de la Málaga romana, pero aún son más escasas las noticias conservadas de los siglos siguientes, hasta el X. Y para suplir nuestra ignorancia, no cabe esperar que el subsuelo guarde restos de esas épocas que algún día puedan revelarnos algo de su secreto.

Los relatos históricos, aún los escritos con máximo arte literario, no consiguen dar idea del dramático tránsito de la España romana a la medieval. En ninguna historia general o monográfica de los primeros siglos de la edad media se alude a las ruinas de las ciudades romanas, sepultadas bajo gruesas capas de tierras y escombros en el solar de varias de las actuales. Excavaciones fortuitas hechas para la cimentación de nuevos edificios, y para la instalación de servicios urbanos, sacaron a la luz en algunas, a profundidades relativamente grandes, solerías, mosaicos, restos de muros y fragmentos arquitectónicos y decorativos, con huellas de incendio casi siempre. En Málaga los vestigios de la ciudad romana se encuentran a un mínimo de cuatro metros bajo el pavimento actual.

El espeso manto de tierras, restos de edificación y fragmentos cerámicos que separa en el suelo de varias ciudades andaluzas de vieja tradición el piso actual del romano, supone una aguda crisis urbana y guarda el sugestivo secreto de un apasionante problema histórico y de infinitas tragedias humanas. ¿Qué catástrofes ocurrieron entre los últimos años del siglo III y la invasión árabe en el VIII para que las monumentales urbes quedaran arrasadas y sobre sus escombros surgieran otras nuevas, de caserío, al parecer, mucho más humilde, del que no queda rastro? Desbordadas las fronteras del Imperio romano por los bárbaros que quedaron al margen de su brillante civilización, espectadores lejanos de una vida cómoda y refinada, ávidos de apoderarse del tentador botín de sus riquezas, ¿fueron los llegados por el norte o los bereberes africanos, heraldos estos últimos de la invasión islámica, los que las arrasaron? ¿O su destrucción fue posterior, consecuencia de las luchas de los pueblos invasores entre sí? La Historia deja sin contestación estas preguntas, y sus estudiosos no aluden, al engranar sus relatos, a esa so-

lución de continuidad que la arqueología descubre. Pero es indudable que hubo una época en la que los monumentales edificios romanos, teatros y anfiteatros, termas, basílicas y templos surgían como enormes fantasmas pétreos, dominando plazas solitarias y calles en buena parte yermas. Poco a poco una vegetación parásita de viviendas miserables iría recubriendo pórticos e incrustándose entre las ruinas de los edificios abandonados. Tal vez entonces grandes avenidas del Guadalmedina, como en Sevilla las riadas del Guadaquivir y las del Turia, en Valencia, amontonarían tierras y arenas sobre el solar de la ciudad, ocultando piadosamente en gran parte sus restos.

La profunda decadencia urbana a causa de guerras y disturbios continuos, en colaboración con los estragos causados por los ríos andaluces desbordados periódicamente, explican la elevación del suelo en época desconocida, anterior probablemente al siglo vi, en el que se organizó un estado visigodo, al mismo tiempo que los bizantinos dominaban el mediodía y parte del levante peninsular. Los malagueños de la urbe disminuida carecían de recursos y de tranquilidad para quitar tierras de aluvión acumuladas por las aguas en torno de los edificios arruinados, algunos, como los monumentales, destinados a espectáculos y los templos, ya sin empleo, inútiles. Como tantas veces ha sucedido en los países de vieja civilización las nuevas viviendas y las construcciones públicas levantadas pobremente, sin la fortaleza y la monumentalidad desafiantes del correr del tiempo de las romanas, se edificarían con los restos de estas y sobre sus escombros y las tierras de acarreo que en parte las envolvían.

Colonia bizantina Málaga, la influencia oriental en ella debió de ser grande en los siglos vi y vii. Los griegos imperiales, vencidos los vándalos y ocupado gran parte del norte africano en el reinado de Justiniano, levantaron imponentes fortificaciones en Ceuta, puerto en el que se guarecía una escuadra encargada de la vigilancia del Estrecho de Gibraltar y que conservaron en su poder hasta la invasión musulmana, en los primeros años del siglo viii. También serán considerables las defensas construidas entonces en Málaga, plaza de excepcional importancia, seguramente una de las peninsulares de más activo tráfico marítimo con la lejana metrópoli de Bizancio.

A fines del siglo vi, tras las campañas victoriosas de Leovigildo, tan sólo quedaban en estas alejadas regiones a los bizantinos, como restos de su imperio, las ciudades de Carthago Spartaria (Cartagena), Malaca, Assidona (Medina Sidonia), y la despoblada Gisgonza, a más de Ceuta, las islas Baleares, Córcega y Cerdeña.

En el año 603 ejercía el mando en Malaca un oficial de la administración bizantina llamado Comitoliolus, el mismo que, según un epígrafe subsistente, mandó levantar una doble y monumental puerta en el recinto murado de Cartagena.

El contemporáneo Juan de Biclara refiere en su Crónica que hacia el año 570 Leovigildo destruyó los lugares de Bastitania y de la ciudad de Málaga, volviendo al solio vencedor; pero esta expedición debió de ser rápida correría, y Málaga parece haber seguido aún varios años en poder de los imperia-

les. Hasta el iv, en el 633, no figura un obispo malagueño en los concilios toledanos.

Su condición de puerto marítimo, su relación con Oriente y las colonias sirias y seguramente israelitas establecidas en Málaga, contribuirían a la pronta difusión del cristianismo por esta costa soleada. La exploración metódica de las abundantes ruinas existentes en ella, el día que se realice metódicamente, puede revelar datos de gran interés respecto a la difusión del nuevo culto en el sur de España en los primeros tiempos y sobre el arte y la arquitectura en período tan mal conocido.

Ninguna huella queda de la ocupación bizantina en Málaga y su región. Pero la historia arquitectónica es una serie de préstamos; en la edad media sus formas solían evolucionar por modificación de las anteriores locales. Cuando en el siglo xi los reyes granadinos de la dinastía ziri levantaron las fortificaciones de la Alcazaba de Málaga, lo hicieron probablemente sobre restos de otras bizantinas y copiando sus disposiciones y algunas de sus formas, lo mismo que en las murallas contemporáneas que separan el barrio de la vieja Alcazaba de Granada del más moderno del Albaicín. Así pueden explicarse algunas de las tradiciones arquitectónicas romanas que en ellas se ven y la perfección de sus disposiciones defensivas, insólitas en la España del siglo xi.

MÁLAGA ISLÁMICA DESDE EL SIGLO VIII AL XIII

Parece haberse adueñado de Malaca Abd-al-Aziz (714-716), el hijo de Musa ibn Nusair, en la misma campaña que de Illiberis, la futura Granada, aunque algunos cronistas atribuyen a Tariq ibn Ziyab y a fecha algo anterior la conquista de ambas ciudades.

Durante los siglos siguientes apenas suena en los relatos históricos conservados el nombre de Málaga; sin embargo, hubo de ser, a causa de su emplazamiento y hasta la fundación de Almería en 955-956 por Abd-al-Rahman III, el puerto de al-Andalus de mayor relación con Oriente. Acredita la subsistencia de su Alcazaba en el siglo viii, verosímilmente la construida por los bizantinos, el dato de haber levantado en ella una mezquita, en el reinado de Abd-al-Rahman I (756-788) el cadí Mu'awiya ibn Salih al-Hadrami (muerto en 774-775). La ausencia del nombre de Málaga en los textos referentes a este período puede interpretarse como señal de su vida relativamente tranquila, sin intensas conmociones ni hechos políticos y guerreros de importancia, mencionados casi exclusivamente por los historiadores. La Crónica del moro Rasis, escrita en la primera mitad del siglo x, menciona ya las viñas malagueñas y especialmente sus pasas, sin igual, dice, en ningún otro país.

A fines del reinado de Abd-al-Rahman III y en los comienzos del de su hijo al-Hakans II, Málaga alcanzó notable acrecentamiento, sin duda por el desarrollo de sus actividades comerciales en una época de tranquilidad en la

que al-Andalus fue espléndido foco de cultura en una Europa occidental semibárbara.

En la campiña malagueña y en las laderas soleadas de los montes que limitan al norte la faja costera, hubo en el siglo x numerosas comunidades de cristianos mozárabes, como la regida por un abad Amansuindo, fallecido en el año 982 (?), cuyo epitafio, después perdido, apareció a tres leguas de Málaga en el siglo xvi. Otras dos inscripciones sepulcrales mozárabes, de los años 958 y 1010, respectivamente, de un presbítero y cantor Samuel, y de un obispo, hallada la primera en Conres y la última en las inmediaciones de Málaga, son escasos recuerdos de los muchos cristianos que poblarían entonces la ciudad y sus campos próximos.

Se ha repetido con frecuencia que las ciudades felices son las que carecen de historia, es decir, aquellas cuya vida ha transcurrido sin grandes conmociones y que por ello no mencionan cronistas e historiadores. En el siglo xi, con motivo de las guerras civiles en las que sucumbió con vertiginosa rapidez el califato de Córdoba, el nombre de Málaga, capital de uno de los reinos en los que se fragmentó la España islámica, empieza a sonar repetidamente en los relatos, señal de que la ciudad perdió el sosegado vivir anterior y que la alcanzaron las sacudidas de la aguda crisis sufrida por al-Andalus.

No voy a referir las luchas de las que fue teatro en esa época, ni la sucesión, a veces rapidísima, de sus reyezuelos de taifas, la vida de algunos de los cuales terminó trágicamente.

Tan sólo recordaré que los malagueños se libraron del saqueo de los beberes de Sulaiman al Musta'in en los últimos meses del año 1010, mediante la entrega de setenta mil dinares, cantidad crecida que acredita su prosperidad y, prescindiendo de los hechos políticos y militares de su paso a fines del siglo xi, a poder de los almorávides, y medio siglo largo después al de los almohades, mencionaré tan sólo algunos detalles de la vida interna de la ciudad, de su existencia vulgar y cotidiana, despreciada casi siempre por los historiadores en sus relatos.

En el año 1015, cuando suponíamos lógicamente a los malagueños en un estado de intranquilidad y pánico grandes por las citadas contiendas civiles que produjeron la ruina de la gran metrópoli de Córdoba y la fragmentación de la España islámica, un literato oriental, Ahmad al-Yunani, trazó un cuadro idílico del vivir malagueño, en el que se conjugan cosas tan típicas y tópicas de la Andalucía de todos los tiempos, de la Andalucía eterna, como son las zambras, la música, el canto y el vino. El relato, traducido por don Julián Ribera dice así:

«Estuve en Málaga, ciudad española, en el año 1015, y en ella enfermé una larga temporada, durante la cual me vi forzado a permanecer en casa. Entonces, dos amigos que me hacían compañía y me cuidaban, atentos a moderar mis desvaríos, me agasajaban cariñosamente. Sobre todo al llegar la noche es cuando yo sentía más mi desvelo: Oíase alrededor de mi casa el batir incesante de cuerdas de laúdes, de "tombures" y liras por todas partes; se oía también cantar en mezcla confusa muchas canciones. Esto me

causaba gran molestia, agravada por el desasosiego que padecía y el sufrimiento de mi enfermedad. En mi alma clavábanse aquellas tocatas sin poderlo remediar o resistir; sentía repugnancia o aversión invencible o natural contra aquellas canciones. Hubiera querido encontrar una habitación o una casa en que no se oyeran esos ruidos, pero era extremadamente difícil hallarla en Málaga, porque la gente de esta tierra está dominada enteramente por esa afición y es generalísimo ese gusto.

Despertéme una noche, después de conciliar un rato el sueño, y noté que todo aquel tumulto de voces odiosas se habían calmado, cesando las tocatas turbulentas; únicamente se oía una música leve, suave, agradable. Sentí como si mi alma estuviera familiarizada con esa música, y como si con ella reposara sin experimentar la repugnancia que hacia las otras sentía; pero no era voz humana, sino música instrumental suave; luego comenzó a oírse tocar un poco más fuerte, subiendo lenta y gradualmente en intensidad mayor. Mi alma sintiose atraída y mi oído inclinado y dispuesto a escuchar, hasta que llegó a tocar con fuerza tan extremada, que no se podía más; me puse alegre y olvidé el mal, y me sentí gozoso y emocionado hasta imaginar que el piso de la habitación se levantaba conmigo y que las paredes se movían alrededor.

A todo esto yo no había oído cantar voz humana, y dije para mis adentros: En cuanto a concierto instrumental, no cabe mayor perfección, pero ¿cómo será la voz del que toca? ¿En qué parará esta música?

Apenas había dicho eso, cuando se oyó una voz femenina cantando unos versos con voz clara y dulce. Ya no pude contenerme; salté de la cama, dejando a mis dos compañeros durmiendo; abrí la puerta de mi cuarto, y siguiendo la dirección de la voz, llegué a la parte central de la casa, desde la que se podía atalayar la vecina, muy espaciosa, y contemplé en medio de ella un gran jardín y en su centro una reunión de unas veinte personas, reunidas para beber. Estaban todas en fila y delante tenían licores, frutas y dulces; las acompañaban varias esclavas tañedoras de laúdes, "tombures" y otros instrumentos, tales como flautas. La esclava cantora estaba sentada aparte, con el laúd apoyado en el seno y todos los presentes la miraban embelesados atentamente. Ella tocaba y tocaba y yo la estaba escuchando de pie, sin ser visto por ellos. Los versos que cantaba los aprendí de memoria, hasta que cantó un cierto número de ellos.

Volví a mi habitación dando gracias a Dios, como si hubiera salido de una situación difícil, y no sufriera ni estuviera enfermo. A la mañana siguiente fui a ver a un amigo mío, ulema, cordobés habitante en Málaga y le conté lo ocurrido, recitándole los versos y describiéndole la casa. Me dijo sonriendo: "Es la casa del ministro fulano, y la cantora es fulana, de Bagdad, una de las mejores cantoras de Almanzor ben Amir. Muerto éste pasó a poder de su actual dueño. Los versos cantados por ella son del poeta Muhammad ben Carlománs (poeta español)." »

Un tratado de «hisba», es decir, una especie de manual para uso de almotacenes, funcionarios encargados en las ciudades musulmanas de velar

por la observancia de las buenas costumbres públicas y por el empleo de los pesos y medidas legales, evitando los fraudes comerciales e industriales, proporciona detalles muy curiosos acerca de la vida malagueña en el siglo XII. Es obra de un tal al-Saqatí, almotacen de Málaga en la primera mitad del siglo XII —ya no lo era al redactarlo—, que había realizado la peregrinación a la Meca. Lo escribió, según dice, por sugestión de sus amigos, que le animaban a contar «historias de los mercaderes y artesanos fraudulentos, la alteración que hacían de pesos y medidas, los medios que empleaban para desprestigiar las mercancías, sus habilidades en las transacciones y su disimulo en los negocios». Señala también el autor la violación casi permanente de los reglamentos de la «hisba» y la incompetencia de los magistrados encargados de velar por su cumplimiento.

El Tratado de al-Saqatí, del cual se ha publicado el texto árabe*, pero no traducción, es un documento importantísimo para conocer la vida urbana y social de la España musulmana, y singularmente la de Málaga. Se divide en ocho capítulos, consagrados, sucesivamente, a los pesos y medidas; a los molineros, panaderos, carniceros, dueños de casas de comidas, perfumistas, drogueros, mercaderes de esclavos y fabricantes y vendedores de productos manufacturados. Es como una ventana abierta sobre las calles y mercados de Málaga en el siglo XII por la que se perciben algunas de las costumbres y ocupaciones de sus vecinos su vida cotidiana, sus alimentos y golosinas. A través de sus páginas vemos a los pregoneros subastando mercancías a gritos por las calles; a los boticarios extendiendo alfombras en las plazas para colocar sobre ellas sus productos; el interior de las tiendas, revestido de yeso; el espantar las moscas con abanicos; el transporte en espuelas de higos y almendras; el maquillaje de los esclavos para ocultar a los compradores sus deformaciones o enfermedades; los hornos de vidrieros; las esclavas negras, recitando trozos del Alcorán en las ceremonias fúnebres; las plañideras, acompañando los entierros; las mujeres, usando pastas depilatorias a base de cal viva y untándose en el rostro diversas sustancias ara aumentar sus encantos.

Entre los eternos fraudes comerciales referidos por al-Saqatí, figuran el mezclar a la harina tierra extraída de una cueva cercana a Málaga; unida con aquella fermentaba con rapidez. Cuenta también los engaños de perfumistas y drogueros, fabricando el jengibre con raíces de aspecto parecido, procedentes de las sierras andaluzas; lo mismo hacían con la canela, el nardo y la almáciga, falsificadas con las gotas de trementina exudadas por el terebinto. Droguistas avisados y facundos, entretenían a sus clientes con anécdotas divertidas mientras preparaban un electuario de anís falsificado con sémola. Como ahora y como siempre, no faltaban comerciantes desaprensivos que juzgaban escasa toda ganancia, sin reparar en los medios para acrecentarla.

* *N. del E.* El tratado de hisba de al-Saqatí fue traducido por el Dr. Chalmeta Gendsón en 1967 y publicada la traducción en *al-Andalus*, números 30-33 correspondientes a 1967-68, es decir, siete años después del fallecimiento del Profesor Torres Balbás.

¿Cuál era el aspecto urbano de esa Málaga islámica que fue pasando de manos de unos señores a otros señores, mientras el núcleo de la población vivía consagrado a las pequeñas ocupaciones que nos permite entrever el tratado de al-Saqatí?

La estructura de la ciudad quedó moldeada por su emplazamiento de una fuerte alcazaba, protectora de la agrupación urbana, a la que cerraba por oriente. A mediodía, el mar era foso eficaz para su defensa. El cauce del río limitábala del lado de poniente. Sobre el cerro de la alcazaba levantábase, donándole a saliente, otro bastante más elevado, que al mediar el siglo XII el geógrafo Idrisi nombra monte del Faro, yabal Faruq, sin duda por haber existido uno en su cumbre. Un siglo después había en él una rábita, citada por ibn al-Abbar (m. en 1260).

Una crónica islámica afirma fortificó la ciudad Idris I, monarca de Málaga de 1040 a 1042. Al-Bakri la describe hacia 1068 circundada por una muralla en la que se abrían cinco puertas, dos a la orilla del mar, la del río a poniente y otra a norte, llamada de Portillo o Póstigo. Pocos años más tarde, entre 1082 y 1090, el monarca granadino Abd Allah cita en sus «Memorias» la puerta de Fontanellas, probablemente la misma que los cronistas cristianos llaman de Granada a fines del siglo XV. Noticias posteriores la localizan al noroeste del recinto urbano.

La cerca se conservó con el mismo trazado hasta el siglo XIX. Encerraba 37 hectáreas y media, a las que corresponderían, aproximadamente, según cálculos que no hay por qué justificar aquí, 2.185 viviendas y 13.110 habitantes. Conviene señalar la importancia de esta ciudad, muy populosa para una época en la que comenzaba el resurgimiento urbano en otros lugares de Europa, singularmente en Italia y Flandes.

Respecto a la Alcazaba, testimonios históricos dicen que terminó u ordenó sus construcciones, convirtiéndola en una fortaleza inexpugnable, el rey granadino Badis; lo que tendría lugar entre el año 1057, en el que se adueñó de Málaga, y el de 1075 en que murió.

Probablemente dicho monarca lo que hizo fue levantar las nuevas obras militares sobre otras arruinadas bizantinas e inspirándose en éstas. Parece indicarlo la existencia de disposiciones, como las puertas en recodo abiertas en el interior de una torre, repetidas en otro ingreso de las murallas de Granada, obra del mismo soberano. De las de la alcazaba malagueña del siglo XI poco más queda hoy a la vista que un ingreso acodado, con bóveda vaída y aparejo en el que alternan piedra y ladrillo.

Mayor interés ofrece una sala que permaneció durante siglos oculta por miserables construcciones parásitas, descubierta al derribar éstas y dar comienzo a las obras de urbanización y limpieza no hace muchos años. Perteneció al palacio existente en su último y más elevado recinto y lo más destacado de ella es su ingreso en el muro septentrional, formado por triple arco de herradura, con rico decorado de ataurique de yeso, cuya derivación de los cordobeses del siglo X es indudable. Obra del siglo XI, dúdase si se labró en su primera mitad, tal vez en el reinado de Yahya, como supone Gómez-

Moreno, o en su tercer cuarto bajo el monarca Badis, que, como antes se dijo, realizó obras considerables en esta fortaleza. Grande es la importancia de ese resto, oculto y olvidado durante largo tiempo, revelador de una fase artística de la que no poseíamos ningún testimonio.

ASPECTO URBANO DE MÁLAGA DESDE EL SIGLO XIII HASTA FINALES DEL XV

A medida que nos acercamos a los últimos siglos de la edad media, al abundar los testimonios históricos, la vida de la ciudad y su aspecto se perfilan con rasgos algo más precisos. Además, en la Málaga actual, a pesar de sus innumerables transformaciones urbanas, aún quedan visibles, para una mirada atenta, reliquias de su pasado islámico.

Desde la formación del reino granadino en el siglo XIII, bajo el patronato de Fernando III, Málaga quedó unida a él. Fiel a su destino de todos los tiempos, sus actividades siguieron siendo esencialmente comerciales, orientadas hacia la exportación. Un poco al margen de las sacudidas políticas de Granada, la capital, Málaga, era un gran emporio mercantil. En su puerto —aún subsistía el romano—, navíos musulmanes y cristianos cargaban tejidos de seda, frutos secos, pasas, almendras y los célebres higos de Raiya, que Idrisi dice se exportaban a Egipto, Siria, el Iraq y hasta la India y la China; vino, cuchillos y tijeras; selectos objetos de piel, cojines, gualdrapas o fundas y cinturones, y, sobre todo, la famosa loza dorada, de la que subsisten ejemplares tan espléndidos como los magníficos jarrones del tipo del de la Alhambra. El activo tráfico debió durar hasta bien entrado el siglo XIV. Al parangonarla entonces con la africana ciudad de Salé, el visir granadino Ibn-al-Jatib la describe rica y floreciente, rebosantes de tiendas sus zocos. Pondera después sus alhajas, perfumes, túnicas de brocados, «las chilabas, los jardines de aspecto maravilloso, los alcázares construidos en las faldas de las montañas, las huertas de espesa sombra, las albercas que murmuran con su agua dulce y límpida, los trabajos llevados con elegancia por cuerpos bellos y flexibles como ramas, las bodas de rumbo que denotan el desahogo de las situaciones y los ajuares de novia valorados en miles».

En la segunda mitad del siglo XIV comenzó a decaer. Frente a la flota cada día más pujante de los estados cristianos de la Península, singularmente de la monarquía catalano-aragonesa, la islámica era incapaz de proteger el comercio marítimo de la España musulmana. Con certero sentido comercial, los valencianos comenzaban a fabricar tejidos semejantes a los producidos por los telares del reino granadino, embarcados en el puerto de Málaga, y en Manises, junto a Valencia, instalaron alfares en los que alcañiles moros imitaban con éxito los más preciados productos cerámicos del puerto andaluz, fabricando loza dorada para su exportación a regiones lejanas, desde Inglaterra hasta los países islámicos del Oriente mediterráneo.

En obra distinta de la citada anteriormente y que debió de escribir con posterioridad, Ibn-al-Jatib pinta una estampa malagueña bien distinta de la

optimista anterior: la ciudad empezaba a decaer; su caserío, antes populoso, iba desapareciendo con sus habitantes y huéspedes y eran páramos los lugares en que en otros tiempos se amontonaban las riquezas.

A Gutiérrez Díez Games, cronista de don Pedro Niño, conde de Buelna, debemos una deliciosa estampa de la vida malagueña en la primera mitad del siglo xv, en un momento en el que el reino granadino no estaba en treguas con el de Castilla. Llegaron las galeras del conde ante Málaga, «hermosa ciudad de mirar... bien asentada y llana; de la una parte llega la mar a ella, y está la mar cerca de ella... Por el cabo de poniente está la Atarazana; llega la mar a ella y aún rodéala un poco, y de la parte de aquilón, contra Castilla, es la ciudad un poco alta, como en una pequeña ladera. Tiene dos alcázares o castillos, arredrado el uno del otro». Salieron de Málaga muchos moros y moras a mirar las galeras, a las que luego se acercó una zabra, con unos honrados moros que, humillándose al capitán, le preguntaron quiénes eran, rogándoles esperase, pues «le darían adiafa, presente ofrecido a los marineros al llegar a puerto y que le rogaban que les asegurase el puerto, y el capitán asegúrolos. Entonces salieron de Málaga hasta quinientos caballeros. Traían buenos caballos y bien aderezados de guerra, y comenzaron a hacer sus espolonadas muy hermosamente, y bien ordenadas... Aquella tarde trajeron el adiafa muy honrosamente, en muchas zabras guarnecidas de paños de oro y seda, y con muchas atabales y otros instrumentos. Y los que quisieron (de los tripulantes de las galeras) entraron en la ciudad, y fueron a la Casa de los genoveses y a mirar la Judería y la Atarazana».

En los siglos xiv y xv viajeros y cronistas de las dos religiones describen Málaga rodeada, excepto por la parte del mar, por una vega llana y muy hermosa. Servían de fondo a esta y a la ciudad sierras altas y bravas, la parte inferior de cuyas laderas cubrían viñas, olivares, almendrales y entre ellos casas y torres de hermosa vista. Inmediatas a las murallas había frondosas arboledas de espesa sombra, con palmas, higueras, cidros, naranjos y otros frutales, abundantes también en el interior de la ciudad, los arrabales y todo el campo en torno.

Dos eran esos arrabales, grandes, puestos en lo llano, junto con la ciudad, uno llamado de Fontanella, a la parte de tierra; el otro, conocido por «de los vendedores de higos», tenía muchas huertas y casas caídas a fines del siglo xv. Ambos carecían de cerca en la primera mitad del siglo xii, pero en el xv el primero estaba fortalecido con una muralla y abundantes torres. A poniente servía de foso a la ciudad, como se dijo, separándola del arrabal, el cauce, seco casi todo el año, del Guadalmedina, sobre el que había un puente defendido por un torreón a la entrada y otro a la salida, tras el que estaba la Puerta del río. Gibralfaro, es decir el «monte del faro», era asiento desde el siglo xiv de otro castillo. Ambas fortificaciones se unían por un paso entre dos murallas que aún existe. Protegía la cerca de la ciudad un antemuro o barbacana y un foso.

En el interior del recinto apretábanse las construcciones; apenas si se abrían plazas entre sus calles angostísimas, de las que tan sólo dos o tres te-

nían un regular ancho. En los zocos se apretujaban los comercios. Muchas de las casas eran reducidísimas y muy tristes y de pobre aspecto sus fachadas, de las que sobresalían ajimeces, es decir, balcones volados de madera, cerrados con celosías. En cambio, estaba bien pintado su interior y eran bastantes las provistas de deliciosos patios en los que había árboles y pozo, pues carecía Málaga de agua corriente.

La mezquita mayor era un edificio grande, ricamente decorado, de cinco naves, con 113 columnas exentas. Tenía un patio de belleza sin par, poblado de altos naranjos. Un reyezuelo del siglo xi la regaló una lámpara de plata.

Abundaban las alhóndigas y los baños. A la orilla del mar se levantó en el siglo xiv una monumental Atarazana destinada a la construcción y guarda de los navíos.

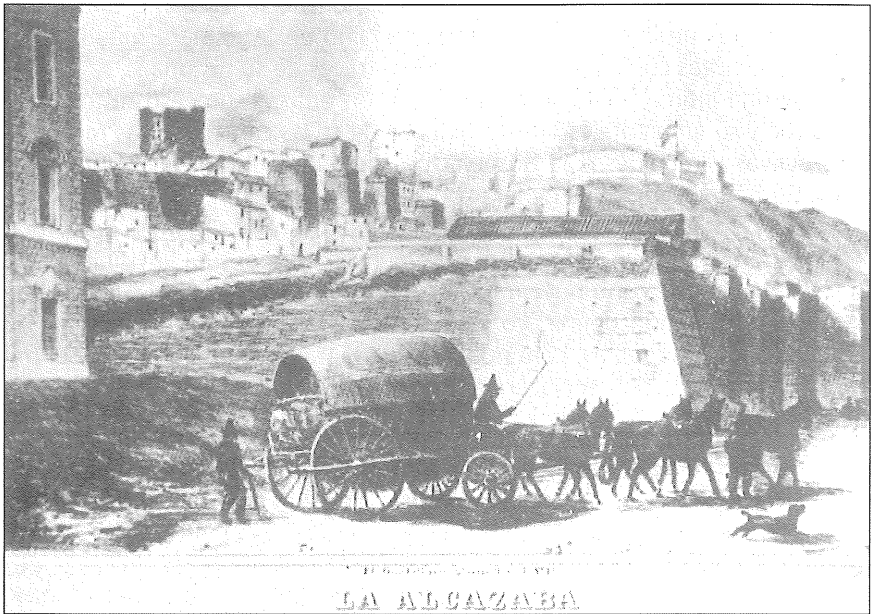
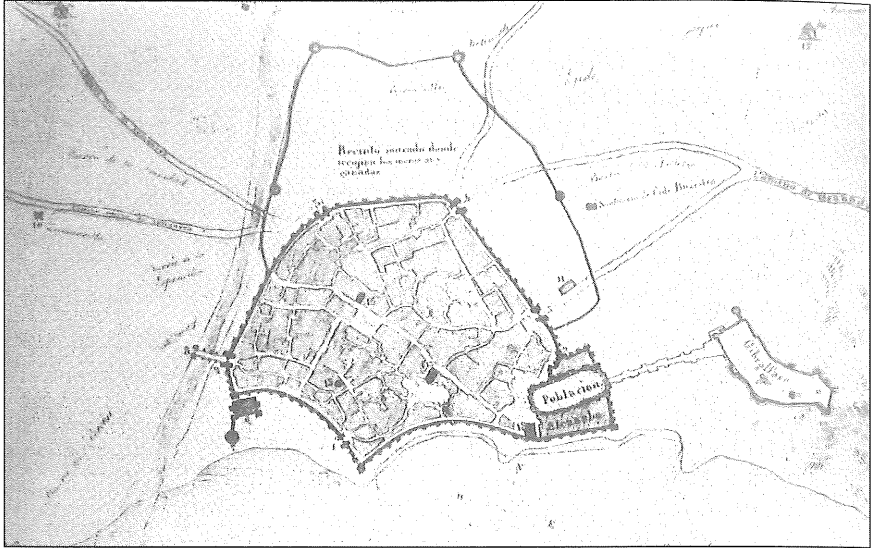
En 1481 sufrió Málaga de gran pestilencia. Los cronistas castellanos, al relatar su conquista en 1487, la describen como ciudad muy grande, muy poblada, «abundosa de todas las cosas necesarias», y el Rey Católico escribía a su hijo, el Arzobispo de Zaragoza, pocos días después de adueñarse de ella, que era, después de Granada, la más principal y fuerte del Reino.

Los tres momentos antes descritos de la vida pretérita malagueña, la zambra, con su acompañamiento obligado de música cante y vino a principios del siglo xi; las preocupaciones comerciales un siglo después no siempre, ni todas, sin duda, con el aspecto fraudulento de la descripción de al-Saqatí, y el generoso recibimiento y agasajo al forastero, como el hecho a los tripulantes de las galeras de D. Pedro Niño en la primera mitad del siglo xv, son notas constantes de la ciudad a través de su historia.

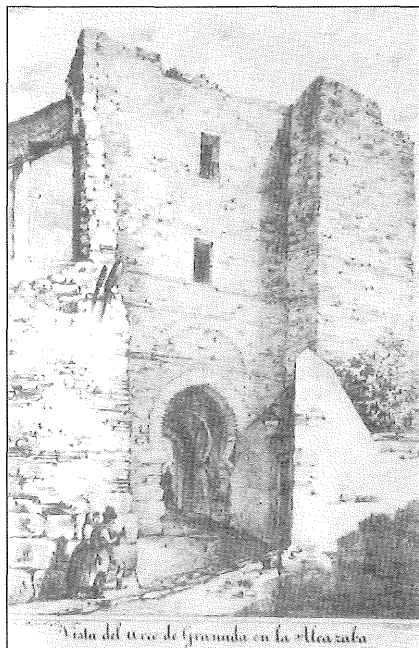
Hay una íntima, inefable compenetración entre el proceso histórico de una urbe y su ambiente espiritual, algunas de cuyas características más hondas, activas y rebeldes a la observación, perduran durante centenares de años. Se han sucedido las generaciones; los edificios renováronse centenares de veces; las condiciones sociales cambiaron radicalmente, pero todo ello ha ido dejando un sedimento, más bien un aroma, sutil, invisible, como la luz y el aire, que contribuye a formar el espíritu de la ciudad. Y este espíritu, que no pretendo definir, yo creo verlo en Málaga latente tanto en los mercaderes cosmopolitas, continuadores de la tradición multisecular del tráfico, consecuencia del emplazamiento de la ciudad, como en las gentes humildes, escasísimas necesidades, que después de la actividad restringida necesaria para satisfacerlas, viven una existencia oscura, sin otras preocupaciones terrenas que las de gozar del don divino de un suelo y de un clima incomparables.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS
Arquitecto

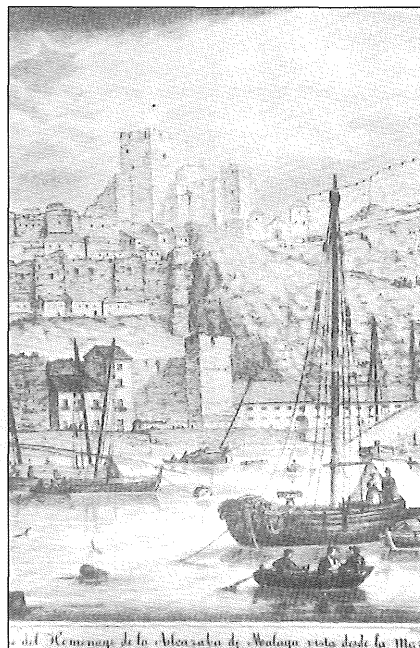
Arquitectura.
Julio-Agosto, 1974



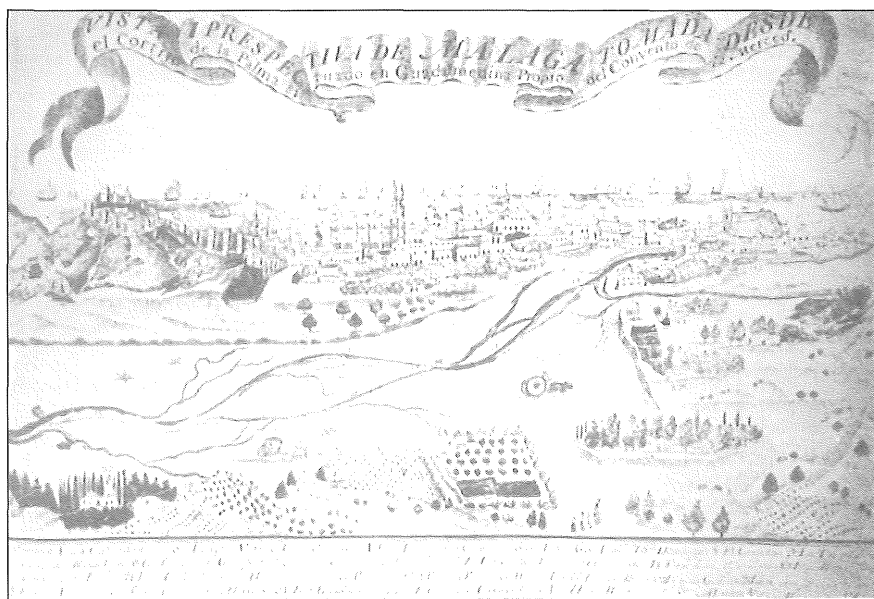
La Alcazaba



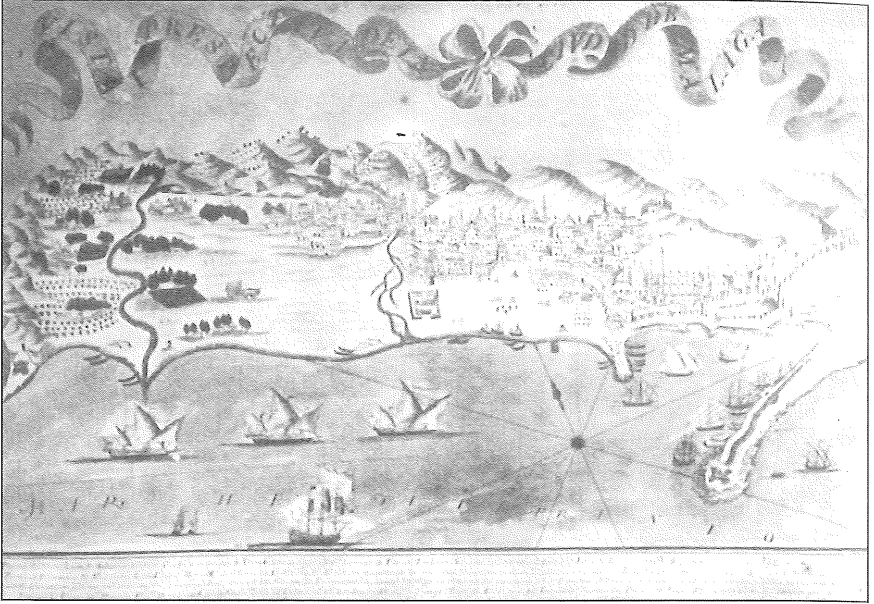
Vista del arco de Granada en la Alcazaba



Torre del homenaje de la Alcazaba de Málaga vista desde la marina



Vista de Málaga tomada desde el cortijo de la Palma



Málaga vista desde el mar